

Luis Quesada Barbado

Tinta indeleble

¿Crin de caballo o fluoro carbono?

Año 2008

Obra interesante, de puro deporte, en la que se detallan con minuciosidad todos cuantos datos son precisos para el difícil arte de lanzar la mosca. El modo de fabricar las distintas clases de moscas empleadas en todas las regiones de España. Obra amena que todo buen deportista debe tener en su biblioteca. De venta en la Administración de este Almanaque. Precio 6 pesetas.

Así sintetizaba el redactor publicitario los contenidos de “La trucha con moscas artificiales” de Louis Carrère. El medio en que aparecía el anuncio, *El almanaque del pescador*. El anunciante, *Fermín Amor, Espronceda Núm. 6 – Madrid. Representaciones de toda clase de artículos de pesca, nacionales y extranjeros*. El año, 1935.

Cuando te encargan escribir el prólogo de un libro como este, te trasladan una enorme responsabilidad. Yo siento en estos momentos las dudas que le debieron surgir a mi amigo Juan Delibes cuando le pedí, en 1995, que prologase mi librito “¡Se están cebando!” Y salió más que airoso del lance.

En cualquier caso, hay varias maneras de afrontar el trabajo: desde una perspectiva histórica con rigor científico, lo cual no es mi caso dado el corto bagaje que tengo sobre el tema, corriendo el riesgo de equivocarme constantemente; tomártelo como un relato

de lo que ha influido en tu forma de actuar o entender la actividad a la que se refiere el libro –en este caso, la pesca a mosca– a partir del conocimiento de la obra en cuestión, que tampoco es lo que encaja en mi situación porque no conocía el libro más que de referencia, hasta que la editorial me lo entregó para empezar el prólogo. O ponerte creativo y buscarle aspectos diferentes y divergentes con estos dos caminos anteriores, lo cual ha sido mi elección.

Cuando ves esas ilustraciones tan cándidas, esos pescadores con sombrero de calle y chaqueta de dos botones en la bocamanga, que aún he conocido siendo niño yendo de pesca con mi padre a Barco de Ávila, te sientes de verdad en tiempos lejanos. Entonces tienes dos opciones: dejarte caer en manos de la añoranza, si es que tienes años para hacer tal cosa, o imaginar.

Los seres humanos estamos siempre persiguiendo el mito de *El Túnel del Tiempo*. ¿O me pasa sólo a mí? A veces, nos trasladamos mentalmente a épocas más o menos remotas y pescamos en aquellas aguas que suponemos siempre mejores y más repletas de truchas que ahora. ¿Sería cierto? ¿De verdad, en la pesca, *cualquiera tiempo pasado fue mejor...*? De hecho, yo escribí una pequeña nota, en tono de broma, en un artículo de la sección *Ríos de Tinta* de la revista Trofeo Pesca:

“El túnel del tiempo

Imagínese usted mismo vadeando por las aguas del Tajo, el Carrión o el Órbigo... de hace ¡500 años! Esto es lo que nos propone la *First Ancient Revival International Organization* (FARIO), de Granton, WI, USA. Simplemente, volver a pescar los ríos que nos gustan, pero no en

esa ocasión de hace una o dos temporadas, en que tanto nos divertimos, sino tal y como estaban hace ¡cinco siglos! ¿Cuántas veces lo hemos imaginado? ”¡Habría que haber visto este río hace siglos...!” Pues ahora es posible, gracias a la tecnología *CSI* (Cosas Siempre Increíbles), que recrea virtualmente aquellos entornos, a partir de unos datos de geología, botánica y fauna de la zona. Los introduce en su macro-ordenador y, en una semana, desarrolla un tramo de 20 Km. de cualquier río del mundo, tal como estaba hace 500 años. Basado en cálculos matemáticos y en imágenes de la zona recibidas de los satélites, el programa es de una precisión increíble y un realismo espectacular, hasta tal punto, que cuando acabas tu experiencia con FARIO, tienes los vadeadores mojados...

Una densidad de peces tan grande como no podrías imaginar; pero éste no es un juego de ordenador al uso. Estás en el río que tú conoces, pero con la vegetación, la densidad de pesca, los mamíferos y los insectos de aquella época, muchos desaparecidos de la zona hace incontables años. Y tú pescas con tu propio equipo, tus moscas, tu caña, todo. Lo que cambia son tus polarizadas. Sólo necesitas las gafas de *chive visión* que ya vienen acondicionadas para cada río: un río, unas gafas. Y tienes la posibilidad de pescar en el río que quieras, de nuestro país o del que se te antoje. Sólo necesitas 100 euros por cada par de gafas. Un precio increíble que se consigue reducir tanto, según FARIO, porque lo caro es el primer par de gafas, a partir de ahí el coste se reduce considerablemente.

Pensemos en las aplicaciones de este invento. Es un excelente regalo para cualquier aficionado. Una guía útil para gestores que quieran recuperar el hábitat perdido. Una herramienta de calidad para estudiosos de las Ciencias de la Naturaleza. Un puñetazo en la conciencia de los que hemos dejado perder esta maravilla. Un punto de reflexión para que no vuelva a suceder. Una gran ayuda para antes de ir a pescar un río que desconoces por completo. Un peligro para los viciados de la pesca. Otro peligro para los que no saben distinguir la realidad de la ficción. La oportunidad de hacer ese viaje de pesca soñado a los confines del mundo, sin salir de casa... (Cuidado, no vayas a pedir unas gafas de un río de Patagonia: allí las truchas llevan menos de 100 años.) Un rato inolvidable para cualquier día del invierno que estamos viviendo.

Ante el éxito obtenido en los primeros meses de comercialización de este producto, la compañía estaba pensando en desarrollar el mismo modelo de gafas, pero situándose 500 años en el futuro. Ha desestimado el proyecto porque los resultados eran muy desalentadores. Y no te digo más.

American Antes - Diciembre 1406 ”

Mi admirado amigo Emilio Fernández Román, desde mi punto de vista el más prolífico autor español en materia de pesca, me comentó un día un proyecto navegando por el río *Gander* en Canadá, mientras perseguíamos salmones atlánticos con una caña de mosca desde una barca. No voy a desvelar los detalles, desde luego, porque la obra en cuestión sigue inédita, pero su idea principal

también giraba en torno a esto que nos ocupa en estos momentos: la fantasía de pescar en nuestros ríos trucheros en épocas lejanas en el tiempo.

Otro amigo, otro río: Darrel Martin en el Najerilla. Me muestra su último libro, *The Fly-Fisher's Craft. The Art and History* (La artesanía del pescador a mosca. El arte y la historia.) No quiero ser yo quien exprese aquí su opinión sobre la obra de un amigo: podría parecer parcial. Por eso reseño algunos comentarios sobre este libro que nos revelan su auténtico carácter:

“Este libro abre una ventana sobre la historia de la pesca a mosca tal y como se refleja en la confección de las cosas, las herramientas y equipo de la pesca a mosca... y las miradas que echamos desde esta ventana son fascinantes.” Ted Leeson. “Darrel Martin ha investigado dos milenios de literatura de pesca a mosca para producir una historia práctica de sus herramientas esenciales: anzuelos forjados a mano, líneas de crin de caballo trenzadas, cañas de fresno, moscas antiguas y modernas... Un libro que deja al lector intrigado, deleitado y enriquecido con su lectura.” James R. Babb.

Si grandes autores como estos han dedicado un tiempo, que podían haber pasado pescando, a bucear en el pasado tratando de descubrir razones y consecuencias de aquella actividad que comenzó supuestamente hace veintitantos siglos, debe ser porque recogen una inquietud no sólo personal sino más generalizada. A todos nos pica la curiosidad de saber los orígenes de nuestro deporte/afición, las coincidencias entre técnicas y útiles antiguos

y modernos, qué conservamos de los tiempos remotos de la pesca a mosca y qué ha pasado ya a la historia. Pero, precisamente porque ya están ellos y sus magníficas obras de investigación, como ya he dicho más arriba, yo sólo me plantearé una especulación abierta, sin tratar de llegar a conclusiones ni moralejas: que cada uno saque las suyas.

A continuación expongo un texto del propio Louis de Carrère que, en realidad, serviría por sí solo como prólogo a la presente edición de este libro. Un lector imaginativo y sagaz, podría descubrir en este *credo* del mosquero francés, su estilo como pescador y casi como persona. Apareció, una vez más, en la edición de 1935 del “Almanaque del Pescador”, esa revista, que junto con la de 1936, me ha proporcionado tantos ratos de emocionada lectura, con la sensación de encontrarme –de verdad- navegando por el túnel del tiempo. En mis manos el papel fibroso y amarillento, ya pardo en los extremos, ese olor inconfundible del libro de viejo, la tipografía, la letra, característica de la época, con las imperfecciones propias de la linotipia, mezcla entre técnica y arte practicado por aquellos tipógrafos, que colocaban en cajas alineadas los tipos, letras, signos, espacios, uno por uno y a toda velocidad. Nunca agradeceré lo suficiente a mi amigo Florentino Cimas que compartiese conmigo este tesoro familiar: Almanaque del Pescador. Año 1935. Guía del Pescador Moderno. Calendario del Pescador Deportivo. – Artículos de Historia Natural, Piscicultura, etc. – Métodos, Técnicas, Consejos, Noticiarios, Anécdotas, Cuentos. Director-Propietario: JOAQUÍN AROCA. Apartado de Correos 7092. Madrid.

En él, escribió esto Louis Carrére:

“Cómo se pesca la trucha con moscas artificiales

Dice un refrán castellano: <<Por la boca muere el pez.>>

Hablando entre pescadores esto es cierto de toda certeza. El pez, no obstante, puede morir por culpa de una nutria, un dinamitero, un virtuoso del <<franco>> (especie de arpón utilizado por los furtivos), etc... Muere por la boca, generalmente, a causa del anzuelo, y no digo del pescador. Es lo que quisiera explicar a los lectores del AL-MANAQUE.

En los ríos, sobre todo en primavera, existen, aparte de los peces, multitud de seres vivientes: moluscos, crustáceos, larvas, ninfas, etc. Estos, unidos a los insectos que viven habitualmente, ya en las mismas orillas, ya en sus proximidades, son, con los pececitos y las ranas la comida favorita de la trucha.

Lo que llama más particularmente la atención al abrir el estómago de las truchas es la cantidad enorme de <<moscas>> que contiene. Algunos autores haliéuticos han llegado a determinar la proporción de cada insecto encontrado en su estómago según la época del año. Es una estadística inútil: la proporción de cada familia de insectos no es constante. El terreno, el fondo del río y el tipo de sus márgenes son los factores que hacen variar las proporciones un tanto extravagantes de la fauna acuática en lo que a variedad y cantidad se refiere.

Un hecho indiscutible: la trucha tiene generalmente en su estómago una cantidad de moscas superior al 70 por 100 del contenido total de la comida. Como nosotros los pescadores pretendemos <<matar>> las truchas *por la boca*, este dato es suficiente para indicarnos qué mosca o qué cebo debemos emplear dentro de las leyes que todo buen aficionado se dicta con relación a la pureza del deporte.

Moscas indispensables.- En cualquier río de la península, según mi experiencia, se puede y se debe pescar con cinco moscas: todas con las alas gris claro y los cuerpos de seda de los colores siguientes: gris perla, caldera, rosa fuerte, morado o negro y garbanzo. Con esto no queremos negar en modo alguno la eficacia de otras muchas <<moscas>>.

Aquí protestarán algunos puristas: conozco el modo centenario de hacer las moscas según los *ritos del Sil*. Yo también conozco esas <<moscas>> de cinco colores de seda y siete plumas de colores distintos mezclados con arte; aprecio en todo su valor tan admirables *posturas*; pero no pesco con ellas ni pierdo mi tiempo en montarlas. Tampoco lo pierden en ello mis maestros franceses e ingleses.

Caña.- Ha de ser hexagonal, de bambú refundido, y su largo ideal de 11 a 12 pies. Con una caña de tal *distancia* y una cola de ratón algo pesado (G.D.G. es un grueso prudencial), unas medias de goma altas y algo de afición, se pueden hacer maravillas.

El Carrete.- Aquí, como sirve casi exclusivamente para llevar la seda haciendo cuerpo con la caña según el sistema

universalmente adoptado, no tiene importancia más que... la seda que ha de caber en él. Para evitar enredos durante la *acción de pesca*, escójase un modelo que lleve la manilla fija en la mismísima placa giratoria y no en el eje del carrete, punto crítico de los trágicos enganches.

Material accesorio.- Una cesta o un saco especial para llevar las truchas. Es un artefacto que a veces es inútil aún para el mejor pescador; por eso lo considero accesorio.

Una cajita, cuanto más elegante peor para los envidiosos, en la que se colocarán 3 o 4 docenas de <moscas> surtidas en los colores ya indicados. Los anzuelos en los que se monten las <moscas>: números 10 y 12. Una mosca pequeña pescará lógicamente más que un <Junkers>, tipo gran raid, por parecerse más a la mosca natural que un artefacto montado sobre anzuelo del 8 o del 9.

Otra caja, llamada humedecedora, para llevar ya mojados aparejos y pelos para su reposición, lo que nos evitará pérdidas de tiempo en los momentos mejores del día; en esos momentos es cuando se suelen perder los aparejos.

El aparejo llevará tres o cuatro moscas a lo sumo. También se pesca con una sola <mosca>. Pero esto no es para los debutantes ni para los recién iniciados.

La Pesca.- (a mosca) Es el modo más sencillo para pescar la trucha y el más difícil para cogerla.

Se lanza el aparejo cruzando la corriente, ligeramente aguas arriba, dejándolo navegar en la superficie, entre dos aguas o hacia el fondo, *según los caprichos de la corriente*.

Considerando sólo la mosca de la punta ésta describe un arco de círculo cuyo centro es precisamente el pescador.

Se lanza el aparejo a una distancia de 8 o 12 metros. Más es inútil: sólo sirve para <epatar> a los inofensivos y beatos noveles. No es práctico el lanzamiento a más de 12 metros porque cuando se produce la picada, como se manifiesta bajo la forma arcaica de un sencillo tirón, no se advierte ni se ve.

Para llevar bien la caña, es decir para aprovechar su sensibilidad, su flexibilidad en una palabra, conviene llevarla algo levantada, unos 25 o 30 grados sobre la horizontal, y es suficiente. Así se pierden menos truchas y se justifica la necesidad de una caña de bambú refundido de cierta categoría. Cuando se engancha una buena pieza, debe trabajarse siempre *con la caña de costado*, según el estilo francés, y no con la caña vertical, según el estilo inglés. Así se dominará mejor el pez y se cansará mucho antes. Haced la prueba.

Secretos.- Ahí van los que conozco. Pescad finísimo, de 3 a 5 X. Emplear <moscas> pequeñas, número 12 a 14. Escondese lo más posible. Lanzar correctamente y todo lo más a doce metros. No perder el tiempo con trucha presumida o juguetona que no se <entrega> a la segunda o tercera *tentación* del aparejo. Volver mucho al mismo río, aunque no sea el mejor de la comarca. Utilizar la sacadora o redeña para sacar del agua las truchas que pesen más de 150 gramos: la sacadora no se cansa por tan pequeño

esfuerzo y la caña conserva así sus cualidades iniciales a nuestra mayor satisfacción.

Louis CARRÉRE.

Autor de <<La Trucha con moscas artificiales>>”

¿Cómo eran los ríos españoles cuando Louis Carrére pescaba en ellos? Desgraciadamente es cada vez más difícil encontrar testimonios de primera mano de personas que tuviesen en aquella época la edad suficiente como para hoy, después de 74 años de la primera edición del libro de Carrére, seguir recordando el estado de los ríos y masas de agua en la España republicana de los años anteriores a la Guerra Civil. Por cierto, al margen de lo que todos hemos escuchado sobre la pesca con bombas de mano o dinamita, en los años de la propia guerra y posguerra, ¿cómo afectaría la contienda a las poblaciones de truchas y otros peces en las aguas ibéricas? ¿Y la reglamentación, cómo variaría? Esto último es más fácil de conocer con seguridad, pero ¿se aplicaría, habría guardaría suficiente para hacerlo? Yo estoy harto de decir que de nada sirve regular con las mejores leyes, las más avanzadas, las más adaptadas a la realidad, las más justas, si luego no hay una fuerza de vigilancia que las haga cumplir a pie de río. Y, en aquellos lejanos años, me parece que la guardería se utilizaba en guardar otras cosas y no precisamente los peces de los ríos. En este aspecto, creo que poco ha cambiado la cosa. Rebajemos nuestra tendencia natural a pensar que la historia empieza con nosotros:

“No pretendo enmendar la plana, como vulgarmente se dice, a los técnicos que tienen reconocidos méritos sobre la labor que vienen efectuando, ni puedo igualarme con esos pescadores, ver-

daderos técnicos en cuanto al arte de pescar: sigo creyéndome un modestísimo cofrade, que gracias a la enorme afición que siento no me ha hecho colgar la caña visto el poco respeto y cariño que se siente por tan bonito deporte... Varios son los exponentes del problema que vamos a tratar: recría (reproducción), guardería o vigilancia y labor pedagógica. Recría.- ...no comprendo por qué regla de tres en el caso de la trucha dice la ley que puede pescarse todo el año... por cada trucha pescada en este tiempo se malogran las que están a punto de nacer. Guardería.- ...conocemos para toda Álava un solo vigilante de pesca del Estado... cobra 5,50 pesetas diarias y con este jornal no puede pedirse ni más actividad ni más entusiasmo. Labor pedagógica.- ...y por los Ayuntamientos, celebrar la <Fiesta del Pez> como ya se ha hecho con la <Fiesta del Árbol> con resultados de gran eficacia.”

Todo esto lo planteaba, ya en 1934, Don Luis Manso Ruiz, de Vitoria, en el “Almanaque del Pescador.”

¿Y los embalses? Muchos de los embalses españoles que hoy conocemos son originales de la década de 1960. Y la inmensa mayoría de “después de la Guerra,” como se suele decir. Los cursos habrán variado enormemente con su construcción. Y los movimientos de peces. Y las zonas de pesca. Y la temperatura del agua. Y las eclosiones de insectos que habitan en cada zona. Carrére pudo pescar el mismo tramo de río que hoy pescamos nosotros y, dejando a un lado el pensamiento de Heráclito, “No se puede bañar uno dos veces en el mismo río”, no tener nada que ver ni la anchura, ni la vegetación, ni las eclosiones de entonces con las de ahora.

¿Y la pureza de las aguas? La cantidad de habitantes de las riberas de los ríos se ha incrementado tremendamente en estos 74 años. Y su producción de residuos. Y el uso de los ríos como destino final de determinados *sobrantes* (aceite de motor, electrodomésticos, neumáticos, vehículos enteros o en parte...) Y la utilización de detergentes. Imaginemos un poco más. “Uno de esos días, atendiendo los consejos de unas lavanderas cantarinas y joviales, me puse a pescar junto a ellas, ya que allí los peces eran numerosos y confiados, al punto de llegar hasta sus mismos cajones de lavar.” Joaquín Aroca, 1934. Aquellas lavanderas, probablemente, utilizaban jabón casero para lavar en el río, absolutamente biodegradable.

Pero, aunque hoy se ensucia más y con productos más agresivos para el medio, se ha incrementado el número de depuradoras. Y se ha reducido el de cabezas de ganado. Sin embargo han crecido el uso de abonos y plaguicidas. Insisto en que no juzgo ni saco moraleja de los cambios del tiempo: hago una reflexión.

No hay duda de que, en los años de Carrére y su libro, llegar al río no era tan fácil. ¿Quién disponía de un coche o una motocicleta para llegar, no a pie de río como hoy, sino para aproximarse a él? Hoy las carreteras y los vehículos son mejores, pero las distancias para encontrar un buen río truchero, especialmente si vives en una gran ciudad, no paran de acrecentarse. Además, objetivamente, los ríos trucheros son menos. Yo aún recuerdo subir con mi padre a pescar al Guadarrama bogas y bermejuelas en La Navata, donde hoy vivo precisamente, sabiendo que a escasos kilómetros aguas arriba, entre Villalba y el pueblo de Guadarrama, había una aceptable población truchera hoy extinguida. Y, si sumas a esto el

hecho de que los pescadores somos muchísimos más y encontrar un tramo aceptablemente vacío de “competidores” es cada vez más difícil, no sabría decir si el balance final es positivo.

El autor del prólogo original de “La trucha con moscas artificiales”, M. Morales de Acevedo, define esta obra como innovadora en su tiempo en estos términos: “La bibliografía de pesca está, pues, bien nutrida aunque en ella se observen algunos claros. Se habla de la pesca en general, de sus procedimientos más en uso, pero no existe un libro dedicado a una sola especie y a un solo procedimiento que explique, prácticamente o de modo gráfico y claro, el modo de emplear aquel procedimiento.” Así pues, nos encontramos en las primeras páginas de un libro que marcó la diferencia en su momento, iniciando el camino de la especialización que, mucho después, hemos seguido otros autores o editores, con títulos más o menos ambiciosos que abarcan desde el tratado más o menos completo a la reseña personal de una peripecia mosque-ra a lo largo de unas cuantas temporadas de pesca, como es mi propio caso.

Apenas veinte años antes de que Carrère publicase su libro, J.C. Mottram, un autor inglés, escribió *Fly-Fishing, some new arts and mysteries*. En este volumen nos presenta sus profecías sobre la pesca a mosca en 2014, a cien años vista de aquella época y a seis del día de hoy. Pensaba que los insectos se criarían artificialmente y serían distribuidos en los ríos justo antes de que llegasen los pescadores. El análisis de los fluidos de las ninfas permitiría averiguar cuál sería el momento exacto de la eclosión. Las truchas repobladas serían conocidas por su propio nombre y hábitos. Las cañas serían finísimas y los carretes casi no opondrían resistencia.

Para proteger un equipo tan delicado, toda la vegetación acuática se segaría a sólo 15 centímetros del fondo. Y ningún pescador podría matar una trucha, a menos que la hubiese capturado y etiquetado tres veces previamente. ¿Había algún trasfondo de verdad en sus anticipaciones?

Desde 1934 hasta el final de la primera decena del siglo XXI muchas cosas han cambiado. Otras, muy poco. Nos damos cuenta, al leer libros como este que tienes en las manos y pensar en nuestra propia experiencia como pescadores a mosca de hoy, de que nada ha cambiado en el objeto de nuestra persecución y, muchas veces, nuestra obsesión: la trucha. Por encima de consideraciones genéticas o evolutivas, que tienen su importancia indudable para ser tratadas aparte, pensando exclusivamente en la trucha como animal salvaje, como ser vivo que nos reta desde su hábitat a medir nuestro intelecto con su instinto, nada ha cambiado. Y, si nos remontásemos otros 1.934 años atrás, tampoco. En la pesca a mosca, cambian los equipos, los materiales, pero las técnicas básicas siguen siendo muy similares si las estudiamos con cierto detalle. Y es que los dos extremos de la línea, para nosotros, siguen siendo los mismos: un pez y un ser humano. Y que no cambien.

Luis Quesada Barbado

La Navata, verano de 2008